NARCISO Y LUISA

Ó LOS EFECTOS

DE LA AMBICION.

DRAMA

EN TRES ACTOS.



ZARAGOZA:

Imprenta de Roque Gallifa.

Enero de 1833.

PERSONAS.

Roberto, Padre de. . . . . 54 años.

Luisa, amante de. . . . . 17.

Narciso, hijo de. . . . . 18.

Vicenee, y . . . . 58.

Rosa . . . . 48.

Pedro. . . } Criados de Vicente. { 40.

Mauricio. } Criados de Vicente. { 20.

Mr. de Senevill . . . . 34.

Jorge, su criado . . . . , . 24.

Un Juez de paz.

Cuatro Chandarmes.

Cuatro Aldeanos.

NARCISO Y LUISA
Ó LOS EFECTOS
DE LA AMBICION.

ACTO PRIMERO.

Frondosa selva; á la izquierda la puerta de la casa de Vicente con un banco de piedra á cada lado, figurando algunas parras, ù otras plantas.

ESCENA I.

Narciso y Luisa, aquel la traerá del brazo, y ésta llevará una cestita con frutas.

Nar. Hermana mia, ¿te has cansado?
Lui. No Narciso, y ¿tu querido?
Nar. ¿Yó? ¡Qué boberia! Nunca me canso; ya sabes cuan ligero soy, y lo acostumbrado que me hallo á hacer largas caminatas. Mira, jamás estoy mas contento que cuando trabajo ó ando por tí; bien sea buscando nidos de pajaritos que tanto te agrada domesticar, bien cogiendo frutas para llevar á nuestra

cabañuela, ó cultivando las bellas flores de que se halla adornada. Hermana mia te amo mucho, mucho; tu sonrisa me agrada infinitamente mas que el oriente de una bella aurora. Cuando me dices „hermano mio, yo te amo„ no me cambiaría por todos los Monarcas del Universo, y mi corazon se sobresalta y palpita.

Lui. Este es tambien todo mi placer. El estar continuamente á tu lado es mi única dicha; y sin embargo de que desde que mi padre heredó esa malhadada Quinta en que ahora habitamos distante de aquí cerca de media legua, ya ves que tu hermana no se descuida en vernos á menudo; y luego con la proporcion de que vamos todos los dias al cuidado de nuestros rebaños, es bien facil reunirnos, y....

Nar. Sí existencia mia, embeleso de mi corazon; tu hermano moriría si solo por dos dias se le privase el placer de verte; y los momentos que no estás en su presencia le parecen siglos.

Lui. Oyes; mira que habemos tardado hoy demasiado en dar la vuelta; nuestros Padres se hallan reunidos en tu casa; debemos comer juntos, y se hallarán con la mayor impaciencia.

Nar. ¿Toma?...... Allá en comer... Pues si han tratado de esperarnos, no dudo se hallen á estas horas con un perfecto apetito. Son lo menos las cuatro de la tarde, y ya ves que.....

Lui. ¡Dios mio! Las cuatro de la tarde: qué será de nosotros!

Nar. No importa Luisa: no tengas cuidado; no hay porque tenerlo. Eres siempre tan medrosa, tán pusilanime, tan... Ignoras que se habrán por bien recompensado de su desvelo, cuando sepan la bella accion que acabamos de hacer, efecto todo, querida, de tu generoso corazon? No, no debes dudarlo. Hasta saberlo puede que nos regañen un poco, y aun que nos hagan alguna pequeña reconvencion propia del amor paternal, mas luego concluirá todo con las caricias acostumbradas. Oyes, nada me has dicho hermana mia, de las resultas del viage de tu padre á París, y á fé que estoy un poco picado de tu silencio.

Lui. Ni nada sé querido. No ignoras que Mr. de Senevill hace como un año se hizo amigo de mi Padre, y su amistad (cuyo origen ignoro) se fue haciendo mas íntima de cada dia. Sabes tambien que hace como tres meses se fueron am-

bos á París, de donde Senevill dice ser natural, y en donde segun mi Padre, tiene grandes riquezas. Que de este viage han regresado hará seis dias; y que desde él, como has observado ha perdido mi Padre aquel tono jovial, y aquellos chistes de que abundaba tanto. Se le ve siempre posehido de la mayor tristeza que en vano quiere disimular, y cuando me mira se llena de dolor. Esto es cuanto puedo decirte.

Nar. Pues mira quedo enterado; tu relacion es capaz de iluminar á cualquiera. Sin embargo creo adivinar el objeto de esos sentimientos. No ignoras qué nuestros Padres, que tanto tiempo han vivido bajo un techo, tienen el mayor placer en ver venir el dia de nuestro himeneo. Este momento tan deseado para nosotros debe llegar pronto. Roberto presiente sin duda que una separacion le pribe de ver á su Luisa á cada instante, y he aqui su dolor. Este, este es, caballito, si dige yo que lo habia de adivinar, Pero vanos temores; Narciso y Luisa no por eso dejarán de ser, al par de felices esposos, hijos tiernos, que no podrian sufrir la separacion mas pequeña de sus amables Padres ¿no es verdad?

Lui. Ciertamente.... pero Pedro sale.

ESCENA II.

Dichos y Pedro.

Nar. Ola Pedro, ya habrá mucho rato que comieron nuestros Padres ¿he?

Ped. Pues, ya se ve, si Señor; han estado esperando á los Señoritos.... espera... espera un poco mas.... que si quieres, ya bajo que estoy en la bodega, no parecen... Ustedes no venian, y ya se vé que habian de hacer, comieron, era claro.

Lui. Lo ves Narciso? Cuan incomodados se hallarán.

Ped. Asi es Señora Luisa, pero no hay cuidado; caramba, ya se ve que no hay cuidado. La ama los ha disculpado á ustedes, ha intercedido con el amo, y le ha templado, porque á la verdad estaba como un Herodes, un Poncio Pilatos; y yo tambien he echado á favor de ustedes mi cucharada; pues, no faltaba mas, ya se ve que la he echado.

Lui. Ha estado Celia, Pedro.

Ped. Si Señora ha estado. Dijo que venia de casa de usted, y habiendola dicho que comia usted acá, ha pillado la trotera la pobre moza, creyendola hallar á usted aquí, pero si, ya llueve que es-

tá raso; se ha cansado de esperar, y ya se vé, se ha ido. Ha dejado recado de que se casa pasado mañana, que vaya usted sin falta, y que le lleve usted aquellas cintas, y que se yo cuantas cosas. Caramba, es muy guapa chica, ya se ve que es guapa chica, que blanca, que frescona...

Lui. Quanto siento no haberla visto.

Ped. Pues ella tambien lo sintió mucho; dijo que tenia que decir á usted muchas cosas, y yo creo que en casarse aun le dirá otras de mas importancia... y ya se ve, casándose ella pasado mañana, y usted dentro de pocos dias, por fuerza que tendrán muchas cosas que decirse.... Ah, se me olvidaba; la Señora Celia encargó mucho que no se olvide (á Narciso) usted de ir á acompañar á Luisa... está usted?

Nar. Bien Pedro.

Lui. Baya, entremos hermano. (*Al ir á entrar salen los dos Padres.*)

ESCENA III.

Dichos, Vicente, Roberto.

Vic. ¡Ola Señoritos! Es por cierto buena hora de venir á comer. Es bueno todo

el dia por ese mundo sin acordarse que tienen á sus Padres en el mayor cuidado. Y usted mocito, no hay que bajar la cabeza, no tiene usted disculpa. Usted, usted, será la causa de esta tardanza. Puediera ya tener mas juicio; mientras el ganado descansa en los momentos del calor á la sombra de los frondosos árboles, debiera haber venido á comer proponiéndolo á su hermana, que habria cedido al momento, toda vez que tenia un criado que quedase á la vista; y hoy con mas motivo sabiendo que ella y su Padre estaban convidados. Y tu, majadero, por qué (á Pedro) no has avisado su llegada.

Ped. Yo iba á avisar á usted, pero he tenido que darles un recado; y además han llegado hace muy poco.... caramba, ya se ve que hace muy poco.

Vic. Marcha avisa á tu ama, que ya han venido.

Ped. Voy Señor. *(Vase Pedro.)*

ESCENA IV.

Dichos menos Pedro.

Rob. No hay porque incomodarse tanto Vicente. No habrá sido de tu hijo toda

la culpa, algo ha debido coadyuvar esotra Señorita, que se ha quedado así como petrificada.

Vic. No Señor; es menester cortarles los buelos y por mi parte te prometo que... (á Narciso) (*Luisa y Narciso se arrodillan.*)

Nar. Luisa no es culpable Padres mios, lo soy yo solamente.

Lui. No hay tal, no le creais, sola yo soy la culpada.

Vic. En que quedamos, saldremos luego de dudas; habeis hecho alguna majadería. Lebantaos.

Lui. Padres mios; escuchad, y vereis que Narciso no es de modo alguno culpable; él querrá echarse sobre sí el castigo que yo merezco. Esta mañana me dió gana de hacer conducir nuestros rebaños un poco mas lejos de lo ordinario; les hicimos bajar al otro lado del monte, y recorriamos con curiosidad aquellos parages enteramente nuevos para nosotros, cuando venimos á dar en las inmediaciones de una pequeña cabaña medio destruida causándonos mucha pena. Narciso me dijo: hermana, los pobres que la habitan ¡cuán dignos deben ser de compasion! Vamos á visitarlos, pues tal vez podremos serles útiles. Muy

bien; dije á mi hermano; tu sabes que nuestros buenos padres nos han dicho mil veces, que perder la ocasion de hacer bien, era perder la de hacerse feliz y diciendo estas palabras, me tomó Narciso por la mano y echamos á andar hácia la cabaña. Al acercarnos, vimos venir hácia ella, á una buena vieja llevando de la mano dos niños pequeños, de los cuales el mas chiquito apénas podia andar; nos pareció muy desdichada y no nos atrevimos á hablarla temiendo causarla pena; y entonces mi hermano....

Nar. Yo entonces la instè á que preguntase á aquella buena muger si necesitaba de nuestro auxilio y......

Lui. Efectivamente me arrimè temblando y la dige: madre mia, me parece que estais muy cansada; ¡oh, si nos permitieseis oyudaros! Asi fue, admitio nuestro obsequio; cogimos un niño mi hermano, y yo el otro y los llebamos á su cabaña siguiéndonos la buena muger, que nos llenaba de bendiciones. ¡Oh padres mios, cuán felices fuimos en aquellos momentos! Pero ¡cuál fue nuestro sentimiento al ver aquel pequeño alvergue tan destruido! Mis ojos se llenaron de lágrimas, y Narciso quedó co-

mo mudo de dolor; por lo qué le propuse volvernos. Ya estábamos de vuelta, y dije á mi hermano, que pues la pobre vieja carecía de todo, y apenas tendria con que alimentarse, podiamos darla nuestra cabrita y nuestro carnero, toda vez que habiendonoslo cedido nuestros padres, estaban á nuestra disposicion, y podiamos muy bien disponer de ellos.

Nar. En efecto, compadecidos con justa razon, de una muger anciana, que segun me contó ha tenido el desconsuelo de perder en dos años á su hijo y su Esposa, quedándose en la mayor miseria con aquellos dos infelices nietecitos, nos pareció que solo podiamós aliviar sus penas, en medio de ser tan grandes, dándole cuanto nos pertenecía, y asi lo egecutamos.

Lui. Se los regalamos, sí padres mios, si hubiereis sido testigos del agradecimiento de aquella respetable muger, sin duda habriais derramado dulces lágrimas. Nos precisó á descansar unos cortos instantes, y nos hizo comer miel y ricas frutas cogidas de su mano. Ya veis amados padres, que yo sola soy la culpada.

Nar. Sí, pero yo soy quien llevé la cabra y el carnero á la cavaña. Yo soy quien

ha hecho toda la tardanza.

Vic. ¡Hijos mios! Vosotros no sois culpables el uno, ni el otro. ¡Buenos hijos, hijos amables! Vuestros corazones son escelentes; pero aquel que quiera haberlo hecho todo un momento antes, no habrá hecho ya nada entonces: abrazadnos. *(Lo hacen.)*

Lui. Narciso hizo todo el bien.

Nar. Sin Luisa no me habria animado, y tal vez nada hubiera hecho. Ella tiene un corazon mucho mejor que el mio.

Vic. Vaya, entrad, entrad en casa, sacad á madre del cuidado en que se halla; descansar un poquito y comer; pues nosotros ha tres horas que hicimos ya esa diligeucia; á buen seguro que si para ella os hubiéramos aguardado, estávamos frescos. Vamos entrar, qué esperais? *(Hacen cortesía, y se van de la mano.)*

ESCENA V.

Roberto. Vicente.

Vic. Andad almas grandes y generosas. A vosotras solas está preservada la satisfaccion que produce, el enjugar las lágrimas de los desgraciados. Vuestra suerte debe ser feliz; el Ser Supremo pre-

miará vuestras virtudes, y vuestro próximo himeneo os dará, con toda esta comarca un dia de placer. ¡Hombres opulentos, en vano buscais en vuestros Palacios, y en vuestras riquezas, aquellas dulces y verdaderas satisfacciones, hijas de un buen proceder, y de una virtud sublime! Nadando en la abundancia, apenas dais oidos á la doliente indigencia; la verdad huye de vuestras moradas, y la adulacion os ofusca.... Pero Roberto, te advierto triste y pensativo; te sucede alguna desgracia, consultámela. La amistad de cerca de cuarenta años en que habemos vivido bajo un techo, te impone la obligacion de comunicármela; mucho mas siendo un amigo, tal, que quisiera remediarla à costa de sus intereses, y si fuera preciso de su existencia.

Rob. No, mi querido Vicente. Ningun contratiempo puede afligirme; y aun que me adviertes triste y pensativo, es un arcano que no puedo revelarte en manera alguna, pero que sabrás á su tiempo.

Vic. En buen hora; no importuno, y respeto ese silencio que me ofende, pues esta es la vez primera que nuestros males y nuestras alegrias no han sido co-

munes.... pero hablemos de cosas mas placenteras. ¿Cómo te ha ido en Paris, en esa Ciudad populosa, tan llena de una turba de títeres, bien instruidos en el arte de hacer cortesías, gestos y cumplimientos?

Rob. Muy bien. Ya sabes que hace tres meses salimos para esa Corte Mr. de Senevill y yo, sin mas acompañamiento que dos fieles criados. Llegamos á ella con la mayor felicidad, nos hospedamos en su casa, y le soy deudor de toda clase de obsequios; se desvelava en proporcionarme toda especie de satisfacciones. Asistia á la Opera, á los Paseos, á los grandes espectáculos, y á las mas lucidas tertulias; en fin á cuanto puede apetecerse; de forma que el tiempo se hubiera pasado para mi con la mayor velocidad, sin la memoria tan justamente debida, á estas montañas, y sus habitantes laboriosos y llenos de virtud, pues en ellos se ocupaba de continuo mi ponsamiento, y solo ansiaba por ver llegar el dia de mi regreso.

Vic. Muy bien: sin embargo, yo he sido mas feliz, porque aunque tu ausencia acivaraba de algun modo nuestras alegrias, los cuidados de Narciso y Luisa, y las bendiciones de que diariamente

se veian colmados por los vecinos desgraciados á quienes con mano generosa consolaban y socorrian, me pagaban con usura cualquier pequeño disgusto. ¿ Y Mr. de Senevill, piensa detenerse mucho por esta tierra? Es todo un Caballero, de un buen corazon, muy rico, y apreciado de cuantos le conocen.

Rov. Asi es; á no ser por él, tu amigo ya no existiria.

Vic. Cómo! ¿Qué sucedió? Este accidente es enteramente nuevo para mí, y me le has ocultado?

Rov. Sí; te lo oculté á tí, y á toda la familia, pues quise evitaros un disgusto en un suceso que ya habia pasado, y tu eres el primero que vas á saberlo. Un dia en que me vi obligado por mis negocios á salir como ocho leguas de mi morada, al volver á ella, ya puesta la noche, me acometieron dos hombres que me pusieron un puñal al pecho; pidiéronme cuanto llevaba, y yo demasiado débil para resistir fuí á obedecerles, cuando advertí como á cincuenta pasos un caballo corriendo á galope; me reanimé con la confianza, y pedí socorro; los dos facinerosos que me tenian asido, quisieron taparme la boca, y me amenazaron con los mas execrables jura-

mentos que me matarian sino callaba. El hombre generoso que debia libertarme habia ya llegado; vé mi peligro, y tira un pistoletazo sobre mis asesinos: erró el tiro, pero infundió temor en sus corazones; huyen, y mi libertador lejos de perseguirlos vino á mi y me animó. Como se aumentaba la obscuridad y nos convenia abandonar aquel lugar funesto, me hizo montar á las ancas de su caballo, y me llevó á su casa; allí pasé la noche y me trataron con todo el cuidado de un generoso hospedaje. Ya conocerás que este hombre bello es Mr. de Senevill. Me interesó mucho su bondad, y le hice las mayores protestas de mi reconocimiento. Despues del importante servicio que me hizo le vi algunas veces, pero no tantas como lo hacia desear su afabilidad y honradez. Pocas veces venia á estas montañas pues estaba cuasi siempre en Paris, pero pasó en ellas el último Otoño, en que fui á establecerme en mi nueva casa, y la inmediacion de nuestras moradas, le hizo venir á ella muchos dias por vía de paseo. Aqui tienes el principio y objeto por entonces de nuestra amistad.

Vic. Bravo, bravisimo. Ese hombre me interesa mucho, y es una buena lástima

que no tenga en estas inmediaciones todas sus haciendas de Paris. Me prometo que haria felices á cuantos le rodeasen.

Rob. ¡Infeliz! Si supieras que por ellas serás *(aparte)* bien presto harto desgraciado, y que el golpe fatal, está pronto á caer sobre nuestros hijos!....

Vic. ¿Y ahora, continuará ese Caballero en su quinta por mucho tiempo?

Rob. Lo ignoro. Su continuacion en ella pende del éxito de algunos negocios. Pero amigo va declinando la tarde y me es indispensable separarme de tí volviéndome á mi casa: haz llamar á Luisa para marcharnos al momento.

Vic. Poco á poco Señor Roverto. Antes me hará usted el favor de que echemos otro trago, y despues de brindar una ó dos veces á la salud de ese vizarro Mr. de Senevill, que con tal denuedo le salvó del grave riesgo en que se hallaba con aquellos malvados, será usted muy dueño de irse cuando le dè la gana.

Rob. Sea, pues así lo quieres. ¡Dios mio, y *(aparte)* que haya de ser yo quien llene de amargura este corazon generoso, correspondiendo con tanta perfidia á la amistad mas sincera, cegado por unas riquezas que me deslumbra!....

Vic. Hombre, en qué quedamos: será co-

sa de que te estés ahí toda la tarde haciendo calendarios? Vaya, de cada vez te entiendo menos: válgame Dios, ese París te ha revuelto los cascos enteramente. Ola Narciso.... Narciso... Luisa... muchachos....

ESCENA VI.

Dichos. Narciso, Luisa.

Nar. Lui. Qué mandais?

Vic. Jesus que muchachos. Estabais durmiendo, ó tambien hacias calendarios como Roberto. Vé tú hijo, dile á tu madre que te dé una botella de vino, y dos vasos, á ver si de un par de tragos sacamos á este Roberto de la cabeza ese París ó se demonio. Corre muchacho, aun estas aquí? por vida de mi abuela...

(Al irse lo detiene Roberto)

Rob. No, Narciso, no incomodes á tu madre; allá vamos nosotros. Luisa, no hay que separarse de aquí un instante, pues salgo al momento para volvernos á casa.

ESCENA VII.

Narciso y Luisa.

Nar. A la verdad, que está tu padre muy triste Luisa mia. Es cierto que cuando te mira, parece que se llena de lástima.... vuelve la vista al Cielo, y deja caer en seguida la cabeza. No se que fatales presentimientos ha anunciado á mi corazon. ¡Cuál desgracia habrá podido sucederle! Me tiene con un cuidado.... Mas dime, Luisa, efectivamente no has podido llegar á traslucir el mas pequeño indicio de este trastorno de su genio.

Lui. No hermano: te dije ya cuauto sabia: desde la vuelta de ese París se halla en esa forma. Oyes, hoy por aquella buena vieja no habemos estado en nuestra cabañita de felicidad.

Nar. Es cierto; y á fé que nuestros pajaritos no habrán dejado de estrañar la falta de alimentos con que todos los dias los regala esta mano hechicera. Tambien ignorarán tu presencia, nuestras flores y nuestros arbolitos. Ya se vé?... todo lo anima mi hermana, y.... vaya, nuestra primer visita será mañana á la cabaña de felicidad ¿Si?

Lui. Si, hermano mio; muy bien pensado. Cabalmente me estaba ocurriendo lo mismo.

Nar. ¡Oh! Si nuestros corazones están siempre de acuerdo.

Lui. Ciertamente: no bien estoy yo pensando en una cosa cualquiera, ó en hacer una pequeña variacion en las plantas que circuyen nuestra cabaña, cuando advierto que á tí ya te ha ocurrido lo mismo. Nuestras almas simpatizan de un modo bien singular.

Nar. Y sin embargo, padres van retardando tanto nuestro enlace!... á fé que ellos ignoran cuanto se padece en una tan cruel espectativa; yo por mi parte te aseguro que á nada puedo compararla. Cada dia que transcurre me parece un año. ¿Y á tí amada Luisa, no es verdad que te sucede lo propio?

Lui. A mi?... ¿á mi?... ociosa pregunta Narciso mio: pero creo que nuestro casamiento se haya retardado algo: al menos que no se disipe ésa misantropia de mi padre, opino que habremos de continuar como hasta de aquí.

Nar. ¡Padres crueles! parece que os complaceis en hacernos padecer!

Lui. Y mira tu, cabalmente ahora que se casa Celia; pero chito que salen.

ESCENA VIII.

Dichos. Roberto. Vicente.

Vic. Ya lo dige yo. Estos chicos habrán estado aí charroteando; formando quizá sus planes matrimoniales, y no será la cabañita de felicidad la que haya quedado en zaga. Hombre, sabes que esa *(aparte á Roberto)* cabañuela, fabricada por el maestro Narcisillo, y dirigida por la ingeniosa Luisa, es una cosa preciosa? ¿Cómo han domesticado allí una infinidad de diversas avecillas? ¿Cuántos arbolitos y flores la rodean? Vaya no parezca exageracion, es un prodigio digno de la vista de un Príncipe. Sin embargo estos muchachos carecen de lo principal, y aunque su virtud es eminente, van entrando en edad y no debemos esponerlos á mas pruebas. Tal vez, lo que Dios no permita, pudieran darnos un chasco, y á fé que no sería el primero en el mundo. Por ello, soy de parecer, que debemos casarlos luego, luego, á ver si aí en media docena de años, nos dán una docena de nietos. ¿Qué te parece?....

Rob. ¡Cielos, cómo no me anonado al lado de *(aparte)* personas tan virtuosas!

Todos son héroes menos yo. ¡Oh riquezas! Sin vosotras yo tambien lo seria y nada tendría de qué avergonzarme, siendo digno amigo y buen padre..... Sí.... procuraremos *(á Vicente)* hacer lo posible para que sean felices en cuanto puedan serlo.

Vic. ¡En cuanto pueda serlo! ¿Qué quieres decir Roberto? Què espresion tan nueva Para mi.... esplicamela, es un misterio que no alcanzo; sin duda que tu has perdido el juicio del todo; dí amigo que significan estas medias palabras.

Rob. Mañana, mañana hablaremos. Luisa vamos á casa, pues el sol va cerca de su ocaso, y ya necesitamos todo el tiempo.

Nar. Padre, me permitís acompañarlos hasta el principio de la cuesta?

Vic. Si hijo mio, y desde ella vete á mandar conducir nuestros rebaños á sus rediles.

Nar. No harás falta mañana temprano *(marchándose)* á nuestra cabaña ¿no?

Lui No Narciso.

ESCENA IX.

Vicente solo.

Vic. Pues señor, dígole á usted que la chanza vá siendo un poco pesada. El tal Roberto parece que tiene el infierno en su cabeza. Todo es suspirar, mirar al cielo.... que diablo: con que, ¿cuándo casamos estos chicos?... Veremos, volverás à comer pasado mañana.... puede. Pues señor estamos frescos; malditos sean los títeres que han trastornado de tal modo ese celebro hasta aqui tan bueno para todos.

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

Sala larga decentemente amueblada de la casa de Roberto con puerta al fondo y vista al campo.

ESCENA I.

Senevill y Jorge.

Jor. Esta carta solamente habeis tenido en el *(dásela)* correo.

Sen. Venga; es de Jacovo, leamos.

(La lee para sí, y prosigue.)

Cielos estoy perdido. Jacobo me avisa haberse, *(ap.)* por fin descubierto ser nosotros los autores de la suplantacion de las letras, y del rapto de la señorita de Artur. Es indudable que la Policía despache inmediatamente requisitorias en mi busca y la de Jorge. Es preciso salvarnos al momento y acudir á Milan á donde Jacobo me cita: todo se ha descubierto. Jorge, está todo dispuesto *(á Jorge)* para nuestra partida?

Jor. Si señor. Solamente resta que vuestro supuesto himeneo se celebre. El equipage estará en dos horas todo empaquetado y colocado en la silla; las casas de

Posta están avisadas para que no falten caballos, y creo que en pocas horas nos hayamos puesto en salvo.

Sen. Luisa, Luisa, si pudieras formar una idea del amor, que en medio de mi infortunio me arrastra hacia ti, sin duda que me creerias menos criminal. Es indispensable poseherte, y si mas dificultades se presentáran, las venciera lo mismo con el oro; pero gracias á mi fortuna todo sale en esta parte mejor de lo que podia desear. Jorge, tengo necesidad de salir algunos momentos, y sin que puedan advertirlo; no pierdas de vista los movimientos de esta casa. Si preguntan, busca un medio de disculparme, entiendes? *(Vase.)*

ESCENA II.

Jorge.

Jor. Muy bien. Pues señor, recorramos ahora que estoy solo, todos los lazos que se han armado á esta familia. Vé mi amo á Luisa, que es sin igual en hermosura, y se enamora de ella; nada mas natural. No tiene motivo para frecuentar su casa, y he aquí á Jorge con la comision de saber cuando sale á algun

viage el padre de la niña, y por una feliz casualidad se me avisa que tiene que salir á corta distancia: allá va Jorge á dar parte. ¿Será posible que mi amo desea esta noticia para aprovecharse de la ausencia, y ver á Luisa? Nada menos que eso, quiere ser presentado á ella por su mismo padre. Sabida la hora en que Roberto ha de pasar por cierto parage, se dispone una escena cómica en la que Roberto va á ser la víctima. Mi compañero y yo nos ponemos la noble investidura de ladrones, le asaltamos, amenazamos de muerte, y he aquí que mi amo se presenta como su libertador, dispara un tiro al aire, carga con su protegido y le lleva á su quinta, y ya tenemos en relaciones á nuestro hèroe. Si frecuenta la casa de Luisa, se hace tiempo para desprenderse de la señorita de Artur, y cuando la nueva presa iba á escaparse por la consecuencia de Roberto, mi amo encuentra su flanco, que es la ambicion. Se proyecta un viage á Paris, se verifica, y Roberto, inundado de placeres, y supuestas riquezas que le deslumbran, no puede prescindir de conceder la mano de Luisa. Pobre viejo, no conociste el lazo que te preparaba Senevill, y le juzgaste un hombre hon-

rado y poderoso, ó mas bien no pudiste conocer la intriga de las grandes Ciudades.... pero alguien se acerca... ola, es Roberto, retirémonos.

ESCENA III.

Roberto solo.

Rob. ¡Oh jóvenes amables, cuya triste suerte lloro! Una horrible ambicion os va á arrebatar el placer que ibais á disfrutar; y esas esperanzas lisongeras van á perecer al momento. Senevill.. Senevill... ¡cuán caro me cuestas!... A qué precio voy á pagarte el favor de haberme salvado una vida que detesto. ¡Por qué no perecí entonces!.. al menos habria muerto virtuoso, y digno de mis hijos y amigos. Dia fatal el en que separé mis rebaños de la casa de Vicente, ¿por qué llegaste? En nuestra separacion se hubiera creido ver á Loht cuando se separaba dc Abraham... Senevill... Senevill... Por qué me hiciste provar en París tantos placeres! Por què me llevasteis á aquellos espectáculos, lugares de tanto atractivo por sus prestigios!.... Vuestro designio fue sin duda corromper mi corazon, y hacerme amar mucho

la fortuna para tener el deseo de disfrutarla, y todo os ha salido demasiadamente feliz. Engañado bien presto con aquella variedad de objetos que se presentaba á mis ojos como un sueño encantador, no pensé mas que en los placeres y la magnificencia; mi juicio estaba ya tan pervertido, que reputé feliz ese Pueblo de gentes ociosas, que vacila entre vanos placeres y una felicidad verdadera. ¡ Es propio del lujo quitarnos la razon para engañarnos mejor! Su apariencia nos seduce, y no salimos de ella; los deseos entran entonces de tropel en nuestros corazones, y somos tan desgraciados, que no sabemos disfrutarlos, ni contenernos. Todo, todo lo queremos, y nada nos satisface. Dichoso tú Vicente, que no has visto la fríbola opulencia de las Ciudades y siempre vivirás tranquilo! ¡ Ah, que horror Senevill!.... Esa nueva existencia con que me has animado me complace demasiado para no desear sea siempre la misma. Por ella he tenido la cobardía de faltar á mi palabra, y la infamia de hacer la mas horrible traicion á la naturaleza, y á la amistad: he consentido en fin en darte á mi hija por Esposa, sin consultar su corazon ¡Oh momento cru-

el! Por qué no me representaste entonces los remordimientos que ahora me rodean.... En fin no hay remedio, es indispensable llevar á su colmo la desgracia; dí mi palabra, y te la cumpliré.... Mas Senevill, procuremos ocultar las penas que me devoran.

ESCENA IV.

Senevill y Roberto.

Sen. Señor Roberto. Felices dias; habeis pasado bien la noche? ayer no nos vimos, y con vuestra ida á casa del amigo Vicente, me privasteis del placer de ver á mi amada Luisa.

Rob. Es cierto amigo, mas no pude evitarlo. Ya sabeis con cuantas instancias me obligaron á que pasásemos en ella Luisa y yo todo el dia.

Sen. Si, efectivamente. Sabed que acabo de recibir el correo de Paris; todos los amigos os saludan con la mas afectuosa cordialidad; la obrita mandada construir en mi quinta cerca de la Capital, ya va adelante; y como es poca cosa, pues cual sabeis, no se trató mas que de hacer un nuevo cenador en la huerta, y un gabinetito para Luisa, espero

quedará pronto corriente.

Rob. Muy bien, muy bien señor de Senevill; teneis mucha idea, y demasiada generosidad hacia unas personas que jamás podrán recompensarla.

Sen. Que disparate. Con la mano de Luisa ¿pödria esperar mayor premio? Tambien me avisan estar ya en camino para estas montañas unos cajones con algunas frioleras para mi futura, y creo deben llegar mañana ó pasado.

Rob. Señor!.... tanta bondad....

Sen. Dejaros de cumplimientos, todo eso nada vale. Habeis hablado ya á Luisa? ha pronunciado ya esta amable jóven mi sentencia?

Rob. Todavia nada le he dicho, pues he querido haceros por última vez algunas reflexines.

Sen. Inútiles; pero hablad (*con dulzura.*)

Rob. Mi hija es amable, hermosa; no puedo disimularlo, y vos lo sabeis tambien: puede suspirar una fuerte pasion, y aun presagiar la felicidad; pero la hermosura campestre causa pronto disgustos, en el alma de un hombre acostumbrado á la delicadeza de las Ciudades. ¿Cómo presentariaís una lugareña, una aldeana, en una tertulia política? La sencillez de la naturaleza la

haria insipida, y en vano buscareis en ella aquellas gracías facticias con una política estudiada, pues no las hallariais. Resfriada despues la imaginacion, os diriais con pena que se os olvidaron las conveniencias que exigia una fortuna considerable; y las grandes ventajas que esta podia procurar. Creedme Señor, seriais dos seres bien desgraciados, pensadlo bien, no escuchemos jamás con tanta complacencia el deseo demasiado imperioso de un momento.

Sen. ¡Cuán poco me conoceis! Hace ya mucho tiempo, que medito el designio de dejar todas las vanas frivolidades que he seguido hasta aqui con tanto ardor; y quiero volver á la naturaleza; he hallado en fin á la amable compañera que mi corazon buscaba, y mi resolucion está pronta á egecutarse irrevocablemente. Padre mio (no puedo menos de daros este nombre) vos participareís de mi felicidad, y si quereis, os harè el gusto de no abandonar mas estas agradables montañas. Finjamos. *(ap.)*

Rob. Sea pues. Ahora mismo voy á llamar á Luisa, de cuya boca espero con aquella ingenuidad que le es propia u-

na resolucion que tanto deseais. Retiraos, pues conviene estemos solos por algunos momentos.

Sen. Interceded en mi favor, persuadirla, hacerme feliz... *(Vase.)*

ESCENA V.

Roberto solo.

Rob. Ea Roberto, consuma el sacrificio. Llama en tu socorro todo el valor que es necesario para una violencia tan inaudita como la que vas á egecutar. Luisa. *(Llama.)*

ESCENA VI.

Roberto y Luisa.

Lui. Qué mandais amado padre?

Rob. Què haces siempre por allá dentro. Mr. de Senevill acaba de marcharse, y me ha preguntado por tí con el mayor interés.

Lui. Le doy gracias, aprecio la fineza, le estimo mucho, mucho. ¿Le debemos tantos favores?....

Rob. A eso voy precisamente. Ya sabes que el señor de Senevill, nos está col-

mando diariamente de regalos; y ahora debes saber que á no haber sido por èl, tu padre ya no existiría; hubiera sido cruelmente asesinado por dos facinerosos.

Lui. Señor que decís, será posible! ignoraba yo este acontecimiento ¿ por qué me lo habeis ocultado?... ¡ Ah!

Rob. Sí hija mia: aquella noche en que con tanto cuidado me estuvisteis esperando, hará como dos años; cuando regresaba á casa, y al llegar al bosque espeso dos leguas de aqui, fui asaltado por dos asesinos, que habrian dado fin á la existencia de tu desgraciado padre, sin el ausilio de Mr. de Senevill, que me libró de ellos y condujo á su casa á las ancas de su caballo.

Lui. Pues con este importante servicio le estoy doblemente agradecida. ¿ Es tan bueno?....

Rob. Pues mira, sin embargo no es feliz.

Lui. Es una buena lástima!....

Rob. Ya se vè: Mr. de Senevill es de un caracter dulce y honrado; y que anuncia la felicidad de la Esposa que el cielo le haya destinado; ella vivirá en una abundancia que le eximirá de todo trabajo, y una magnificencia que muchas envidiarian.

Lui. Ciertamente.

Rob. Sabe pues que no le eres indiferente, y que....

Lui. Y bien, qué quereis decir con eso, padre mio? *(Con sorpresa.)*

Rob. Que Mr. de Senevill acaba de pedirte por esposa, y le he concedido tu mano.

Lui. Señor!.... *(Estremecida.)* Este es el velo que ocultaba ese sombrío semblante!... ¿Es este todo el misterio que con tanto cuidado procurabais disimular?.... De este modo, señor, olvidareis esa palabra tantas veces repetida al padre de Narciso? ¿Y tendreis bastante serenidad para hacernos desgraciados?

Rob. Hija mia, no pienso que trates de desobedecer á tu padre, pues sería desobedecer al mismo Dios, de quien ha recibido el poder sobre tí para dirigirte con su sabiduría y esperiencia. Mi voluntad es justa, y no quiere otra cosa que el bien de mi familia.

Lui. Padre mio ¿podré hacerlo? *(Llora.)*

Rob. Es necesario violentarse, lo conozco; de este modo es como se merece ser virtuoso. Si en el dia te repugna obedecer, en otro tiempo darás las gracias al cielo y á tu padre. La pasion nos desvía cuando arde dentro de nosotros, pero luego se apaga y nos deja ver la

prudencia que nos consuela al momento.

Lui. Padre mio: yo quisiera de todo mi corazon poder obedeceros sin repugnancia; pero aquí se trata de mi vida. Decidme padre mio vos que hasta aquí habeis sido tan bueno para vuestra desventurada hija. ¿Nuestros padres tienen derecho sagrado sobre nosotros? ¿Son acaso estos derechos para hacer desgraciados á sus hijos? No, padre mio. No os dejeis deslumbrar por esas riquezas que no pueden servirnos de otra cosa, que para hacernos infelices. Oid la voz de la naturaleza, y no despedaceis dos corazones que nacieron el uno para el otro. ¿Necesitamos acaso para ser felices esos tesoros inútiles, que los poderosos acomulan para servirse de ellos en sus infames proyectos, con tanta frecuencia? No; hasta de aquí habemos vivido tranquilos sin que una inútil magnificencia haya perturbado nuestras ocupaciones y nuestras alegrías: continuemos pues en la misma forma, y dejad al cuidado mio y de Narciso el dulce gozo de procurar que nada os falte. Dad á ese Mr. de Senevill las mas espresivas gracias por su memoria, y creo quedará satisfecho. Él es generoso, honrado, compasivo, y no creo que en ma-

nera alguna intente hacer á usted infeliz, ý á Narciso y á mí los mas desgraciados del universo.

Rob. Bamos hija piensalo mejor: es indispensable que te resuelvas á obedecerme, tengo bien consultados mis intereses y tu felicidad; y sobre todo está comprometida mi palabra.

Lui. Rebocadla padre mio, *(se arrodilla)* en otro caso pronunciais la sentencia de mi muerte y la de Narciso. Vedme á vuestros pies, ved mis lágrimas.... ellas sean precursoras de.....

Rob. Levanta hija infeliz, no pienses moverme á compasion; cuantas reconvenciones pudieras hacerme, me las he hecho ya á mí mismo. No tiene remedio, serás esposa de Senevill. *(con resolucion)*

Lui. No será. Pediré el amparo de la Ley. *(Se levanta.)*

Rob. Infeliz de tí si llegases á dar este paso.... mi maldic on....

Lui. Por Dios padre mio. *(Le interrumpe y cae Luisa arrodillada.)*

Rob. Silencio desgraciada. *(La levanta.)* Vasta de amenazas inútiles que desprecio; lo tengo todo bien pensado, y no quiero absolutamente que se hable mas del asunto. Serás esposa de Senevill porque he dado mi palabra, porque asi lo

quiero, y porque así lo mando. Desde luego puedes renunciar hasta la vista de Narciso; voy á comunicárselo ahora mismo á su padre, y espero que ni èl ni su hijo tendrán la audacia de venir á perturbar este matrimonio, que ha de verificarse á toda costa. Vamos, á qué es tanto llorar?

Lui. Señor... harè vuestra voluntad. Si muero, al menos moriré digna de los sentimientos de aquellos que son honrados y virtuosos.

Rob. Hija; tu padre y tu madre son viejos, *(con dulzura.)* y tú les proporcionarás una subsistencia mas cómoda con este casamiento: esto debe consolarte.

Lui. Padre mio; ojála que seais felices aun que sea á costa de mi vida. Estoy pronta á obedeceros.

Rob. Enjuga esas lágrimas, pues Mr. de Senevill vuelve á este sitio.

Durante esta escena, Roberto ha debido aparentar bastante serenidad, y al mirar algunas veces á su hija, habrá hecho demostraciones del dolor que le causa el sacrificio á que la obliga. Luisa á la vista de Senevill se horroriza, pero procura renovar la calma al ser reconvenida por su padre.

ESCENA VII.

Dichos y Senevill.

Sen. A los pies de usted bella Luisa. Veso á usted la mano señor Roberto.
Rob. No me habias prometido obedecer, sino para causarme una afrenta? *(Aparte á Luisa.)*
Sen. Y bien Luisita: cómo ha ido á usted despues de nuestra última vista.
Lui. Muy bien señor de Senevill.
Sen. Yo he estado muy impaciente hasta este momento; vine ayer acá, estube esperando á ustedes hasta casi puesto el sol, y hube de volverme á casa sin tener el placer de verlos.
Rob. Amigo, se nos pasó el rato recordándome Vicente, mil lances de nuestra juventud, y en empezando uno á hablar de estos recuerdos no halla camino para dejarlo. Este fue el motivo.
Sen. Muy bien, muy bien.
Rob. Señor de Senevill: tengo el gusto de anunciar á usted que Luisa acaba de concederos su mano; podeis disponer de ella.
Sen. Será posible! la incomparable, la hermosa Luisa ha pronunciado sentencia tan favorable? Conviene en hacerme fe-

liz? ¡Oh dicha inesperada! ¿Mas por qué os encuentro, sin aquella espresion, aquella dulzura y afabilidad tan naturales en vos?....

Rob. No debeis estrañarlo, y confiad que el tiempo la volverá su natural alegría. No se pasa nunca señor en un momento, del estremo de aquella felicidad imaginaria que uno se habia figurado, al en que la suerte pinta como el suceso de la desgracia. Bien sabeis que Luisa desde sus primeros dias, ha estado incesantemente al lado de Narciso; que han vivido, y se han criado juntos; y que tenian las mas fundadas esperanzas de ser un dia esposos.

Sen. Es cierto; y si mis riquezas, mis desvelos y cuidados hácia la felicidad de Luisa pueden recompensarla del dolor de perder á Narciso, me daré el parabien de haber podido agradarla; y este solo deseo sea premio del amor sin igual que me arrastra hácia ella. Por lo que respeta á Narciso, yo puedo hacer su suerte mas llevadera. Soy rico, puedo proporcionarle algunas ventajas, y no tendré inconveniente en darle una parte de mi fortuna. Todo, todo lo haré á escepcion del sacrificio de mi amor, que escede, lo confieso, á mis fuerzas.

Lui. En vano señor de Senevill. En vano ireis á ofrecerle unos bienes, que solo á hombres pusilánimes pueden hacer olvidar la injuria. Su virtud es fuerte, la conozco, y su providad tiene aquella austeridad que constituye la dignidad de un hombre honrado.

Sen Usted opina así, y sin embargo probaré á hacer su suerte menos infausta. Roberto, espero que usted se servirá señalar el dia que ha de celebrarse nuestro himeneo.

Rob. Será cuando vos gusteis, sino pone algun obstáculo Luisa.

Sen. Y usted que dice Luisita?

Lui. No puedo en manera alguna separarme de los preceptos de un padre, á quien he prometido obedecer ciegamente.

Sen. En esa inteligencia puede verificarse pasado mañana, y esta tarde se estenderán los contratos. ¿Que os parece?

Rob. Como gusteis.

Sen. Boy pues á prepararlo todo. A los pies de usted encantadora Luisa, besoos la mano padre mio. Por fin he triunfado *(ap.)* solo me resta sacar á Roberto antes de partir con su hija todo su dinero y no me será dificil. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

Roberto y Luisa.

Rob. Y bien hija mia, qué te parece? ¿No es verdad que es un jóven amable y bondadoso? Cuantas envidiarán tu suerte, y desearian se acordase de ellas un hombre de tan apreciables circunstancias.

Lui. Podrán envidiármela padre mio, pero no tendrán un corazon sensible, no habràn jamás amado!... La imagen de mi hermano está grabada aqui, aquí... está grabada con caractéres de fuego y no podrá borrarla si no es la muerte.

Rob. Vaya no hay que afligirse hija mia. La nueva obligacion que vas á contraer te impone la de no ser mas que para tu esposo. Este ya ves con cuanto celo te ama, y no puedes corresponderle de otro modo, que dedicándote á complacerle. Las nuevas conexiones de que vas á hallarte rodeada, te harán olvidar pronto esa pasion, efecto de tu juventud fogosa. Yo así me lo prometo, y espero en Dios que asi sucederá. Él te guarde. ¡Oh providencia! *(ap.)* No la desampareis, velad sobre esta criatura y consoladla. Vamos á participar á Vicente tan infausta nueva.

ESCENA IX.

Luisa sola.

Lui. Narciso, hermano mio, embeleso de mi corazon, vas á perderme.... podré olvidarte?... no, no jamás ¡Oh virtud! ¡Oh respeto paternal!... Cuán caros me costais: hermano mio, ¿qué será de tu Luisa? Me presentaré en los parages en que acostumbrábamos ir juntos, y allí pensaré en tí, y lloraré sola.... Me diré, él se sentaba sobre estos verdores, y teniamos el mayor placer en confiarnos los secretos de nuestros corazones.... El agua de aquel rio, mas brillante que el cristál, me reflectará tu imagen.... Por todas partes encontraré sitios que te traerán á mi memoria, y en ninguno te encontraré.... ¡Oh Luisa, cuán desgraciada eres!.... ya no le verás mas, pues él huirá tu vista, y tal vez te creerá culpable. Hermano mio, ya no me verás en aquellos sitios deliciosos donde habemos pasado tan dulcemente nuestra infancia.... ¡Ay! Ellos mantengan en tu imaginacion dulces meditaciones; ellos recuerden sin cesar á tu corazon los encantos de nuestra amistad, mientras yo gima en el mayor descon-

suelo..... Sí, ya no comeré las frutas de aquellos árboles plantados por tu mano, ni respiraré á tu lado el olor de las flores que cultivamos juntos.... aquella cabaña que tanto te complacía hermosear, ya no me verá mas.... ¡Ah! que horror; muramos, pues todo lo ha destruido el oro. *(Vase.)*

ESCENA X.

Jorge.

Jog. Infeliz criatura. Este es el primer sacrificio que me llena de horror entre tantos que con mi auxilio ha egecutado mi amo. Ya se vé, sin mi nada podria hacer; están tan identificados nuestros crímenes, que no puede subir el uno al patíbulo sin que el otro le siga..... Pero señor, por qué tendré tal repugnancia en la egecucion de esta empresa, habiendo salido airoso en otras mas difíciles? En fin buen ánimo y manos á la obra; vamos á recibir órdenes.

ESCENA XI.

Vicente solo.

Sala pequeña de su casa.

Vic. Válgame Dios! Si habré leido bien

este papel, ó tendré cataratas en los ojos: leámosle de nuevo.

Lee. „Amigo Vicente: despues de muchas „reflexiones, y los mayores disgustos, „me he visto obligado á dar la mano de „Luisa á Mr. de Senevill, no podia pagarle en otra forma los muchos fa ores „que le debo, y solo con tan poderoso „motivo, podia haber hecho este agravio á la amistad; Luisa ha accedido al „momento, y el matrimonio se celebrará mañana. Espero no interrumpireis „la felicidad, que á costa de tanto sacrificio, se prepara á la hija de Roberto."

Pues Señor vaya un amigo. Yo estoy aturdido con el contenido de este funesto papel, y no alcanzo por qué motivo pueda Roberto faltar á su palabra acerca del casamiento de los muchachos. Ellos han sido hasta el dia el objeto de nuestra comun felicidad, y precisamente cuando el himeneo debia coronarla me dá la fatal nueva de que ha dado su mano á otro? Pero Señor, por qué no me ha dicho con mas tiempo sus proyectos?... Nada, nada. La cosa está arreglada, dispuesta irrevocablemente, y zás, hay te la planto por medio de una esquela y tomala por donde te se antoge. Pues digole á usted que

la chanza es un poco pesada. No Señor, yo voy á su casa ahora mismo, ahora mismo, y le dire ¿Señor Roberto tiene usted ambicion, ó alguna queja de nosotros? ¿Usted ha olvidado una amistad de cuarenta años? Usted ¿no ha contribuido como yo á que nuestros hijos se amasen con la esperanza de que casados fuesen el báculo de nuestra vegez? Usted es un pícaro de marca, un.... Si señor, todo esto le diré y algo mas. Y bien Vicente ¿cómo decir á Narciso esta novedad? con su genio violento es capaz de hacer un disparate..... Mas él sale; pobre muchacho, prepárate para el golpe terrible que vá á traspasar tu corazon y á herirte mortalmente.

ESCENA XII.

Dicho y Narciso.

Nar. Querido padre, con licencia de usted voy á dar una vuelta por nuestros rebaños.

Vic. Esa diligencia ya está hecha por Pedro, pues ha madrugado mas que tú. Estáte en casa que tal vez irás con migo á la tarde.

Nar. Cómo, en casa! Sabed padre mio

que Luisa me prometió ayer, que hoy acudiria á nuestra cabaña de felicidad, y me estará esperando con la mayor impaciencia.

Vic. Si por eso es, no hay porque incomodarte en ir á ella; pues sé positivamente que Luisa no ha salido, ni saldrá hoy de su casa.

Nar. Cómo, qué tiene? ¿qué ha sucedido? ¿está enferma? Advierto padre que huis mis miradas, estais triste.... ¿Se os habrá pegado tal vez la taciturnidad del padre de Luisa?

Nar. No hijo mio; pero tengo mi motivo para ello. Sabe, que es preciso renunciar á tu hermana.

Nar. Vá.... Siempre tiene usted ganas de divertirse con migo....

Vic. No hijo: hablo seriamente, y su padre acaba de anunciármelo en esta carta. Ella va á ser esposa de Mr. de Senevill. Toma, leéla

Toma la carta, la lee temblando con la mayor ansiedad, y su furor se vá aumentando hasta concluir.

Nar. ¡Otro será su esposo!... Otro... no... no, jamás.

Vic. Pero hijo qué remedio tiene? Esta es una disposicion de la providencia y debemos conformarnos con ella.

Nar. ¡Ved ahí pues la buena fe de los hombres!.... Ingrato amigo: padre bárvaro.... ¡Qué te hecho yo para reusarme la que me habias prometido por compañera!.... Dios vengador.... ¿No castigais los traidores?.... Luisa consentirá en despreciarme, padre mio?

Vic. No creo que ella consienta, pero la precisarán á no ser tuya. No te desconsueles, sé juicioso. Qué, quieres causarme mas pena? Ves que mi dolor es igual al tuyo, que me conformo, y tu....

Nar. Padre!.... Vos no conoceis los males.... los males que me despedazan son horribles... (*Su padre va á contenerlo.*) Dejadme.... el furor me arrebata.... me desconozco.... Donde está ese bárbaro que roba un corazon que me pertenece?.. Que yo le vea, y le abra mi pecho, para que lleve alli el golpe de la muerte!.. Los pérfidos, ellos me la han alejado de mi para quitármela mejor.... pero irè á buscarla.... si Luisa, iré yo mismo y te arrancaré de sus manos infernales. (*Marcha sin haberlo podido contener.*)

ESCENA XIII.

Vicente solo.

Vic. Hijo, hijo, Narciso.... que ligero va.

¡Dios mio! Velad por su vida; concededle aquella paz á que es acrehedor su corazon virtuoso. Ola, Mauricio.

ESCENA XIV.

Vicente y Mauricio.

Mau. Qué mandais?

Vic. En el momento, echa á correr tras de Narciso, no le pierdas de vista un solo instante, y procura traerlo á casa á todo grado. Ve corriendo.

Mau. Muy bien, señor. *(Vase.)*

ESCENA XV.

Vicente solo.

Vic. ¡Oh providencia! Sanad su corazon, enjugad sus làgrimas, y no le desampareis en unos momentos en que tanto necesita de la influencia de vuestros ausilios.

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

Frondoso y largo bosque con algunas piedras que puedan servir de asiento: á la izquierda una pequeña cabaña rústica formada de palos de árboles, y adornada de flores y yervas. Desde la misma subirá en suave declive una senda del monte que concluirá en peña aguda, por la que á su tiempo se ha de precipitar Narciso, figurando que ha caido á un derrumbadero al lado opuesto. En uno de los árboles del bosque, el mas inmediato á la cabaña, se pondrá una inscripcion que diga: „Nosotros nos amamos, y es para siempre;" *dispuesto todo de forma que pueda variar la Escena en la misma sala de la casa de Vicente del acto segundo.*

ESCENA I.

Narciso.

Nar. Parages en otro tiempo deliciosos!.. habeis sido privados de la belleza que constituia vuestro principal adorno.... ya no la vereis mas al lado de su amante... Se la han robado.... *(lee la inscripcion.) Nosotros nos amamos, y es para*

siempre. ¡Ay! para siempre.... *(en tono lastimero.)* para siempre!... Y me huye me abandona.... yo la he perdido.... ya no existe para mi!.. yo la he perdido, y otro será su esposo!.. Vivir sin ella! No, es mejor morir. ¿Vivir yo para ser el espectador de la felicidad del que me hace desdichado? ¿Seria esto para que viese mi muerte la debilisima Luisa?... No, no, jamas, debo morir, debo dar fin á mis penas.... huyamos para siempre de los hombres engañosos. *(Se sienta en una piedra.)*

ESCENA II.

Dicho y Luisa.

Lui. Narciso; hermano mio. *(Se levanta.)*

Nar. Luisa mia.... eres tu?..... podrè creerlo?.... ¡hubiera yo podido creer que seria feliz antes de mi muerte!... Hermana, Luisa de mi corazon.... ¿Me vuelves á dar la vida ó vienes á acabarme de matar?... ¡Oh, no, tu me amas aun, supuesto que mi desgracia te coumueve!... *(Luisa llora.)*

Lui. Sí te amo!... Dios mio, ¿puedes dudarlo un momento?...

Nar. ¡Tu me amas, tu me amas! Vuelvo

á hallar á mi hermana, á mi compañera, á mi Esposa.... ¡Mi esposa!... Dios de la felicidad, seais mil veces alabado.... Sí, será mi esposa; ya no me separo de ella jamás.

Lui. Hermano mio, ya no es tiempo de pensar en ser felices, mi padre ha jurado que yo no seré esposa tuya.

Nar. ¡Tu Padre....! Bárbaro.... cruel.... ¿Querrá por ventura que tu mueras?... ¡Ah no, no Luisa!... No estás obligada á obedecer una órden tan funesta. La ambicion pierde á tu padre: algun dia, no lo dudes, se arrepentirá de tu obediencia, evitémosle remordimientos demasiado dilatados; cumplamos el primer voto de su corazon, cumplamos nuestros propios votos: si; tu que has vivido siempre con migo; tu que eres mi hermana, tu que me has dicho mil veces que me amabas.... ¿podrias abandonarme?.. Tú que has jurado toda tu vida que seria yo tu esposo?... ¡Ve ahí los lugares en que habemos sido felices tanto tiempo!... Vé ahí los testigos de nuestros primeros amores, y de nuestros juramentos!.. Todo, todo nos recuerda lo que debiamos ser recordándonos lo que hemos sido... todo nos trae á la memoria los mas dulces sentimientos.... ¿Y

podrias abandonarme? ¿Abandonar á tu hermano, á aquel que amas, á aquel que morirá luego que ya no le sostenga la esperanza? Luisa mia, jamás podrás hacerlo; nunca se endurezca tu corazon hasta tal punto. ¿Seguirás pues el destino de tu hermano? Ven pues, mi alma, ven con tu esposo; huyamos lejos de los que nos tiranizan, huyamos á las montañas mas elebadas y mas escarpadas, huyamos el trato de los hombres corrompidos. Vamos al seno de los Alpes, subamos sobre su cima, y allí encontraremos la soledad, la paz y la felicidad.

Lui. ¡Oh Narciso! hermano mio, qué es lo que te atreves á exigir de mi! ¡Oh! no.. jamas..... á ese precio nunca seré feliz. ¿¡Qué? abandonar á mis padres, olvidar la ternura que han tenido con migo, hacerles morir yo misma..... ¡Ay! no, me quedan aun algunas virtudes.

Nar. Virtudes!.. Hay acaso algunas que exijan la desgracia de un hombre tan sensible y tan apasionado como tu hermano.... tu amante.... Virtudes!.. ¡Oh! bien pronto esas virtudes serán causa de mi muerte... ¿Mira? Ves esas rocas elevadas, lugares propios para servir á la desesperacion? En esos abismos pues, se-

rá en donde se precipitará el desgraciado Narciso.... Cruel; se muy bien que ya no me amas, te importa muy poco mi vida... No, no me amas ya, estás de acuerdo con mis tiranos y has jurado mi pèrdida con ellos.... ¡Ay de mi!.. Ya que quieres mi muerte, tu corazon inhumano quedará satisfecho. Vuelve muger sin piedad, vuelve la vista á esos lugares; en ellos estarán dentro de poco los restos palpitantes del que te amó demasiado.... sí, te lo juro... Entonces volverás, los verás servir de presa á los animales feroces, y dirás á tu padre y los mios lo que has visto.

Lui. ¡Oh Dios mio! No puede uno acordar la virtud con los sentimientos de su corazon. Hermano mio serénate, escucha á tu Luisa, á tu hermana, ella te ama siempre, su corazon está despedazado de dolor, y tu intentas despedazarle mas! Narciso, ¿por qué quieres anticipar mi muerte?...

Nar. Ah! gloria de mi vida; perdona mi arrebatamiento. No, no quiero tu muerte...

Lui. Yo siempre soy tu hermana, tu Luisa....

Nar. Mi tierna amiga ¿vés cuanto nos amamos? ¿Cuál seria pues el dolor de nu-

estra separacion?.. ¿Qué? podriamos separarnos?... No Luisa mia, jamás lo podremos. La naturaleza, los primeros juramentos de nuestros padres, y nuestros corazones, todo, todo, quiere que nos unamos, y querrian.... Luisa en vano tu Padre.... *(Luisa baja la cabeza, lo advierte Narciso, y continùa con mucha dulzura.)*

Hermana mia, el tiempo se pasa con mas presteza que el agua de una rápida corriente; y el momento que trae nuestra desgracia se nos ha acercado ya, tratemos de evitarla. ¿Dime, podrias renunciar, al que te ha amado desde los primeros momentos de su vida, por un hombre que apenas conoces? ¿podrias olvidar que has sido criada en mi cuna, yo en la tuya, y que juntos habemos pasado la mas tierna infancia?.. Luisa; si nos unimos, los dias de aquel dichoso tiempo se perpetuarán para nosotros. Dirán que el esposo que te destinan es rico...; yo no se si las riquezas hacen feliz á alguno, pero conozco, que cuando poseyese el Universo, nada tendria para mi felicidad si no eras tu mi compañera. Dimelo sinceramente ¿renuncias á tu hermano, al esposo de tu corazon? ¿Es posible quieras que te aflija todavia?

Lui. Hermano mio, he consultado al hombre mas sabio de estas cercanías, y me ha dicho, que la obligacion mas sagrada de una hija, es la de obedecer á sus padres; que su voluntad es la del cielo, y que vale mas morir que eximirse de ella.... yo moriré Narciso adorado, no tiene remedio.

Nar. Es pues para anunciarme que debo morir con vos, que habeis venido aquí?

(La mira y sigue furioso.)

(ap.) No, no se pierda de esta suerte lo que mas se ama en el mundo.... ¡Verla en brazos de otro y vivir!... Una existencia semejante sería para mi el mas horroroso suplicio....

(Vuelve á mirarla y sigue.)

(ap.) ¡Qué! ella me ama... su corazon es mio.... y... ¡Otro la poseherá!... No tiene que pronunciar mas que una palabra para que seamos felices, y la virtud, dice ella, le cierra la boca!

(Advierte llorando á Luisa enteramente demudada, la coge la mano, la mira y con voz horrible sigue.)

(ap.) No tiene remedio, muramos el uno en los brazos del otro, supuesto que debiamos vivir juntos....

(En este momento habrá debido llegar con Luisa á la peña aguda, sin que ès-

ta lo haya advertido por su trastorno, y conociendo su exceso al querer precipitarse con ella, se desprende horrorizado.)

Cielos. ¡Accion horrible!.. ¡qué iba yo hacer!.. queria precipitarme con ella!... *(la mira.)* ¡Voy á perderla para siempre!.. conozco que voy á concluir mi delito.... tengo el infierno dentro de mi pecho.

(Estos versos vagando por la Escena y al advertir que Luisa llorosa le va siguiendo, continúa con voces terribles.

Infeliz.... retirate.... huye de un insensato.... de un furioso.... huye.... huye lejos de aquí.... te lo suplico.... evitame un delito.... estoy fuera de mi, ya no me conozco.... jamás, jamás se halló hombre alguno en situacion tan horrible....

(Cae sentado en un banco tapándose el rostro con las manos. Luisa habrá caido como desmayada á sus pies, pasa un momento, la levanta y sienta á su lado, y sigue con ternura.

Lui. ¡Ah!

Nar. Luisa.... Luisa mia.... respóndeme, responde á tu hermano, á tu Narciso, á tu amante.

Lui. Amado hermano; cuanto nos afligi-

mos!... No tiene remedio, es necesario no vernos jamás. Cielos, mi padre....

ESCENA III.

Dichos y Roberto.

Rob. Qué hace usted aquí? Sabe usted que la he prohibido salir de casa?
Lui. Es verdad padre mio.
Rob. Vamos.
Lui. Hermano mi.... *(La tapa la boca)*
Rob. Silencio, vamos.
(Se la lleva medio arrastrando sin haberlo evitado Narciso que ha debido quedar inmovil, y guardar silencio por algunos momentos.) Se levanta.

ESCENA IV.

Narciso solo.

Nar. ¡Ya no puedo dudar de mi desgracia! Vedme pues solo en el mundo!.. Han desaparecido.... Murieron enteramente aquellas esperanzas que hasta aquí me habian sostenido!... El cruel me la ha robado, y ella ha partido jurándome morir mas bien que ser mi esposa!... ¡Ay!... yo... yo soy quien mori-

ré.... la que era el placer de mi vida nó existe ya para mi.... ¿para qué vivir aun? ¿para qué vivir, cuando la vida no es mas que un suplicio insoportable?.. ¡Éllos me la han quitado, y ella me ha renunciado!... ¡Oh desgraciado!... Es menos doloroso morir una vez, que morir cien veces cada dia.

(Se sienta muy fatigado y abatido, sin advertir á Mauricio que á sus últimas palabras ha debido presentarse en la escena.)

ESCENA V.

Narciso y Mauricio.

Mau. Señor... señor Narciso... no responde. Què decaido se halla! qué pálido! da compasion. Me cercaré y le avisaré que estoy aquí. Señor. *(Lo hace)*

Nar. Qué quieres Luisa? *(Sin levantarse.)*

Mau. Que, no soy Luisa, soy Mauricio. *(Le mira, y se levanta cogiéndole una mano.)*

Nar. Qué no eres Luisa?... ha picarilla, has querido engañarme?...

Mau. Dios mio, ha perdido la razon. *(Ap.)*

Nar. Luisa mia estoy muy fatigado, he padecido tanto... mira... mira como la-

te mi corazon.

(Al ir á arrimar la mano de Mauricio, advierte no ser la de Luisa.)

Infeliz, quién eres, qué quieres hacer de mi, por qué me has conducido á estos lugares?....

Mau. Señor, ¿què? no me conoce usted, soy vuestro criado Mauricio.

Nar. Quién, tu?

Mau. Si señor.

Nar. No lo sabía. ¿Dónde está Luisa? *(Con dulzura)*

Mau. Sin duda que usted no sabe que se la llevó su padre ahora mismo.

Nar. Cómo, su padre?.. ha, si... si... *(se rie)* Mira ya no me acordaba. Luisa..... *(á Mauricio.)* Luisa, es verdad que ya no te separarás de mi lado?... quieren sacrificarte á la ambicion, y nosotros no necesitamos riquezas....

(Advierte otra vez su error.)

Miserable, aun estás en mi presencia! dónde está Luisa... pero no, yo la encontraré.

Echa á correr, y aun que Mauricio procurará alcanzarlo, no puede evitar que Narciso se precipite por la peña aguda, esclamando con voz dolorosa y lejana.

Nar. Dios mio....

Mau. Qué horror! Socorro.... Socorro... *(Grita.)*

ESCENA VI.

Pedro solo.

Sala de la casa de Vicente.

Ped. Jesus, Jesus, cuantas cosas están sucediendo. Mr. de Senevill, que dicen es tan bueno, tan amable, y tan que sé yo, ha pedido á Luisa por esposa; y su padre se la ha otorgado contra viento y marea. Narciso se ausenta desesperado, mi amo antes tan alegre, está con un genio de los diablos, y mi ama haciendo sus pucherillos corrientes. Pues señor, mirándolo bien no hay para tanto, ya se ve, caramba; si al cabo al chico no le faltará con quien casarse, y como dijo el otro, á muger saldremos; yo á la verdad no me incomodaría por tan.... pero ola, el criado de Senevill, qué diablos traerá por esta casa. Este hombre me parece un solemne pícaro y un pillo que se pierde de vista: tiene un mirar.... pero voy á ocultarme pues me incomoda su presencia. *(Ocúltase.)*

ESCENA VII.

Jorge solo.

Jor. Pues señor todo está ya corriente, solo me resta saber el estado y paradero de Narciso, para que no se presente á estorbar los contratos en este momento: me será facil saberlo y no le dejaré de la mano. A mi aviso vendrá mañana ó cuando se disponga el Sacerdote, se coge la niña, se la lleva á la capilla, se celebra la ceremonia: egecutada ésta, vuelta á casa, gran comida, paseo, baile, buena cena; pues señor á dormir todo el mundo....

Ped. Oiga?..... (*Aparte.*)

Jor. Sigue un poco de silencio, todos duermen, se coge á Luisa de grado, se la planta en la silla de posta, recibo los mil francos prometidos, y Dios guarde á usted muchos años....

ESCENA VIII.

Dicho y Pedro.

Ped. El infierno veinte y cinco de los corrientes.

Jor. Que hacias ahi desgraciado?

Ped. Ya se vé; que habia de hacer, escuchar tus infernales proyectos.

Jor. Miserable: ¿pues qué? has oido lo que hablaba?

Ped. Todo, todito, sin perder una palabra, ya se vé; pero caramba esos proyectos no tendrán efecto porque voy ahora mismo....

Jor. Infeliz de ti si llegases á dar un paso, ni dices á nadie cosa alguna de cuanto me has oido; te hago saltar el cráneo de un pistoletazo.

(Le amenaza con una pistola.)

Ped. Señor por Dios; que sacará usted de hacer ese disparate, sino le darán por mi cráneo seis reales. *(arrodillado.)*

Jorg. Silencio. Donde está Narciso.

Ped. Señor, no lo sé.

Jorg. Lo sabes, dilo pronto.

Ped. Que no lo sè, hay tal tema. El se ha ido desesperado de aqui, yo no se donde, pero puede ser que esté por allá por la cabaña de la peña aguda.

Jorg. A Dios. Cuidado de decir á nadie cosa alguna de lo que has oido, y ni aun que me has visto, ó con esta pistola... entiendes? *(Vase)*

ESCENA IX.

Pedro solo.

Ped. Si señor... válgame Dios, San Roque y toda la Corte Celestial, que miedo.... si me matará.... este hombre es muy malo. Mire usted, yo que queria haber ido á dar cuenta á la Justicia, ahora con esa amenaza y esa pistola que me ha parecido una culebrina, que si quieres, es menester callar.... pues señor como ha de ser, paciencia, no puede uno hacer buenas obras cuando quiere.

ESCENA X.

Dicho y Vicente.

Vic. Que tienes Pedro; estás todo azogado descolorido: ha sucedido acaso alguna desgracia á Narciso, le han hallado, habla.

Ped. Señor, yo no lo sé, yo no sé nada, nada absolutamente.

Vic. Con qué nada sabes?

Ped. Nada, no señor, repito á usted que nada sé.

Vic. Marcha majadero; ve por el camino que guia hacia la casa de Roberto, pro-

cura saber noticias de Narciso, y ven corriendo á decirme cuanto hayas averiguado.

Ped. Muy bien, señor. Si yo doy cuenta *(ap.)* á la Justicia puede ésta obrar callando mi nombre.... claro está... si me lo prometiese asi el Juez de paz, antes de decirle cosa de provecho.... provaremos y... tal vez con un poco menos de miedo.... podria yo hacer una buena accion, y....

Vic. Aun estás ahí borrico, qué estás rezando.

Ped. Mis devociones.... *(Vase.)*

ESCENA XI.

Vicente solo.

Vic. Válgame Dios! Qué cuidado tan grande me dá esta tardanza de Narciso; dónde estará, si le habrá hallado Mauricio?

ESCENA XII.

Dicho y Rosa.

Ros. Dios te guarde querido esposo.

Vic. Y á tí tambien Rosa. Qué cargada bie-

nes, te has cansado?

Ros. No por cierto. He bajado por distraerme hacia el pasto donde están hoy nuestras cabras, á buscar de paso esta poca leche que me han pedido por favor para un enfermo, y que luego vendrán por ella.

Vic. Muy bien, muy bien querida Rosa. Esa es una bella accion; haberte tomado el trabajo tu misma de ir á buscarla, en medio de tus años y achaques, y teniendo á quien poder mandarlo... Vaya, muy bien. Eres una buena muger, digna de tu siempre amado Vicente.

Ros. Pero hombre: has visto que mala salida nos ha dado Roberto; yo estoy aturdida, no sé lo que me hago, todo se me cae de las manos, y....

Vic. Y á mi me sucede dos cuartos de lo mismo. Pues no te cuento nada de nuestro chiquillo: fino es el mozuelo... La verdad, yo estoy con el mas grande cuidado, pues me temo que este Narciso va á hacer un disparate. No, si él pilla á ese Mr. de Senevill por esos cerros, no le arriendo la ganancia.

Ros. Y qué culpa tiene Mr. de Senevill? Ninguna. Vé una niña jóven, muy bonita, la pide, y se la dan; esto está en el órden. La culpa la tiene ese pícaro de

Roberto, pues por la maldita ambicion, sacrifica á su hija, la hace desdichada, y falta á la amistad y á su palabra.

Vic. ¿Calla? tu hablas como un Oráculo.

Ros. Yo hablo como sé, como me han enseñado y nada mas. A buen seguro que si Roberto se pusiera en mi presencia, le cantaría bien las cuatro anades madre, porque gracias á Dios no tengo pelos en la lengua, ni me la dejé como decimos.....

Vic. Muger, muger, á dónde vamos á parar. Si nadie te quita la razon; si tus quejas son muy fundadas. Pero vamos, á qué decirmelo á mi, á mí... vamos.... para que.

Ros. Yo voy allá dentro, porque me apuras con ese genio tan... pero oye, se ha sabido algo de mi hijo? ha vuelto?

Vic. No, todavía no es tarde: además Mauricio ha ido tras él con òrden mia de no perderlo de vista, y hacerlo venir: ya sabes que en este fiel criado tenemos, y debemos tener la mayor confianza.

Ros. Pero hombre. ¿Cómo te has consolado para dejarle ir solo?

Vic. Toma.... toma.... toma. Pues digo, si se ha ido mas ligero que una águila. Sí, pues bonitas piernas tengo yó para

haberle seguido... pero esposa, ¿qué haces ahí con esa jarra en la mano?

Ros. Es verdad, no me acordaba, y aun es mucho no se me ha caido. Pero señor, este Narciso, este Narciso no venir!

Vic. No te desconsueles, todavía no es tarde, quizá tardará poco, ¿A qué buscar sentimientos donde no los hay aun? Si no volviese luego, yo tambien iré en su busca.

Ros. Eso es, flema... flema... lo demás no vale nada, nada absolutamente. Me voy, porque con ese genio tan lleno de calma, nos has de enterrar á todos... *(Se entra.)*

ESCENA XIII.

Vicente solo.

Vic. Amen.... Vea usted mi muger; roña, se desespera, y ¿para qué? para no remediar nada... Ola ruido... ¿qué será?...

ESCENA XIV.

Dicho y Mauricio.

Vic. Y bien Mauricio, dónde está mi hijo,

qué ha sucedido, por qué no está ya en mi presencia?

Mau. Señor, sali como me mandasteis tras el señor Narciso, y sin embargo de los pocos momentos que partió antes que yo, me cobró una ventaja considerable. Corriamos ambos, y se metió en el pequeño bosque que hay á la izquierda del camino de la casa de Roberto. Me interno en él tambien, mas en vano; pues estube mucho tiempo buscándole infructuosamente. Ya había perdido toda esperanza de poderlo hallar y me volvia á casa con el mayor sentimiento, cuando encontré á un pastor conocido que me preguntó qué tenia, pues me advertia muy alterado: le contesté que venia de correr mucho en busca de Narciso, pero que me volvia con el desconsuelo de no haber podido hallarle: „pues yo te lo puedo decir me contestó." Le supliqué me lo digese, y se hizo poco de rogar. „Vé, ahi le tienes en la cabañuela charlando con Luisa" me repuso, y siguió su camino. En el momento emprendo mi nueva caminata; llego, le veo solo, sentado, y en el mayor habatimiento; y en qué estado señor!.. él había perdido la razon.

Vic. Dios mio!

Mau. Me arrimo, trato de consolarle, me tiene por Luisa, y apenas reconoce su error, parte como un rayo hácia la peña aguda; voy tras él con la mayor presteza, pero inútilmente, se precipitó sin poderlo remediar.

Vic. Qué horror!... pero qué es de él?

Mau. Al momento principié á dar gritos pidiendo ausilio: vinieron algunos labradores vecinos que se hallaban á la sazon en las inmediaciones cultibando sus tierras, dimos la vuelta al monte, y acomodándole lo mejor que pudimos, le habemos traido á casa en bastante mal estado, aunque en su sano juicio sin duda por la efusion de la sangre de sus heridas: á bajo le están acomodando en una silla.... pero ya le suben.

Cuatro Aldeanos entran á Narciso en una silla. Éste traerá fajada con algunos pañuelos una pierna, que se supone haber roto. Su semblante pálido, su pelo desordenado y su vestido lleno de tierra. Le dejan en la sala, y menos Mauricio y Pedro que entra á la novedad, se retiran los demás.

ESCENA XV.

Vicente, Narciso. Pedro, Mauricio, y luego Rosa.

Vic. Hijo desventurado!... No te quedaba aun el corazon de un padre!... Sino podias hallar en él con que reemplazar lo que has perdido; á lo menos debias compadecerle!... Dios mio! En tí es solamente en quien un padre desgraciado puede hallar consuelo.

(*Sale Rosa, vé á su hijo y se lanza á él gritando.*)

Ros. Hijo mio!... hijo de mi corazon!... prenda de mi alma!... ¡què es esto!.... ¿en qué estado te vuelvo á ver?

Nar. Dios me ha consolado ya padres mios: bien pronto llenará la medida de sus beneficios, y me llevará hácia sí.... Madre mia.... yo os amo de todo mi corazon...

Ros. Y bien hijo mio: yo tambien te amo mucho.

Nar. Pronto no os lo oiré ya decir.... Ya no volveré á verla.. dejaré la tierra que ella habita aun.... Padre mio ¿veré aun á Luisa?... pobre Luisa.... yo te amo tanto.... voy á morir.... algun dia te veré en la mansion de los justos....

Vic. No te desconsueles hijo mio, anímate, procura vivir. ¿Viste mi inquietud y mi dolor, y no te dió cuidado?... Cuando corriste al precipicio, ¿no temiste al esponer tu vida, causar tambien la muerte al corazon de tus padres?.. ¡ah! cuán desgraciados nos has hecho.

Nar. Padre mio... yo soy criminal, lo conozco.... la violencia de mi delirio guió mis pasos.... no tiene remedio, yo moriré luego, mi mal es mortal por necesidad.

(Luisa viene gritando, despavorida, el pelo suelto y en el mayor desórden. Como sus primeros gritos han advertido su venida, Mauricio y Pedro evitarán que pueda ver á Narciso hasta su tiempo.

ESCENA XVI.

Dichos y Luisa.

Lui. Salvadme.... Salvadme.... *(Sale.)* Salvadme padre mio ó soy perdida... Quieren que firme esos odiosos contratos.... primero recibiré la muerte..... huyo.... acudo á mi hermano.... quieren quitármele.... pero jamás, jamás le dejaré.... ¿Dónde está Narciso?... yo no lo

veo... vos llorais.... dónde está mi hermano?....

(Lo vé, se desprende de los que la detenian, se arroja á él)

¡Ay! Ya veo toda mi desgracia. Narciso... hermano... esposo de mi corazon... responde á tu Luisa.

Nar. Hermana... es posible que puedo verte aun, en mis últimos momentos!...

Lui. ¡Ha! tu no morirás Narciso mio. El cielo no lo consentirá. La providencia no permitirá que nos separemos jamás. Ya no me separo de tu lado.

ESCENA XVII.

Dichos, Roberto, Senevill y Jorge.

Rob. Dónde está mi hija, mi hija desobediente, mi hija criminal?

Vic. Ahí la tienes con mi hijo moribundo; *(Los señala.)* ahí tienes tus víctimas.

Rob. Cielos ¡Que horror!.. es mi delito!.. es mi delito!... *(horrorizado.)*

Nar. Hermana mia, voy á morir, tu morirás tambien algun dia... perdonemos á tu padre.... en la mansion de los justos... nos reuniremos... para no separarnos jamás.... allí no nos abandonaremos ya.... allí nos... amaremos.... para... si... em...

pre.... *(Muere.)*

Rob. ¡Ah no! no merezco que me perdoneis, debeis aborrecerme, debeis execrarme.

Lui. Narciso.... Hermano... alma de mi vida respóndeme... ¡Ya no existe!.. ¡Ya no existe!.. dejadme morir... *(La detienen.)* él no existe ya... ¡Oh desesperacion!.. Oh dia terrible... Dios mio... yo.. fa... llez... co...

(Cae desmayada en la silla de Narciso, y Rosa la sostiene.)

Rob. Vuestras riquezas me han perdido *(á Senevill.)* alejad de mi tan funesto esplendor.... ¿por qué he sido tan débil y ambicioso?.. ¡Desdichadas pasiones!... si sois hechas para la felicidad del hombre, ¿por qué con tanta frecuencia le arrastrais á su pérdida?..

Sen. Señor Roberto. Yo creo no haber contribuido en manera alguna á esta horrorosa desgracia. Jamás hubiera permitido una felicidad á tanta costa. Si mis riquezas os deslumbraron, yo no soy de modo alguno culpable.

Rob. Teneis razon... yo soy el criminal, yo soy el asesino de mis hijos... *(Se acerca, los observa.)*

No existen ya... yertos... inanimados... destruida por mi mano la obra mas her-

mosa de la naturaleza.... ¡Oh sueño terrible!... ¡Oh pensamientos horrorosos!... Remordimientos, cual despedazais mi corazon!... Riquezas perniciosas no seais tan funestas á los habitantes de la tierra....

ESCENA XVII.

Dichos, un Juez de paz, y cuatro Chandarmes.

Juez. ¡Dios mio, no pude evitar esta desgracia!.. *(Ap.)* No permitir á nadie la salida, me entendeis? Quién es el amo de esta casa.

Vic. Yo, señor.

Sen. Estoy perdido. *(Aparte.)*

Jor. Há infame Pedro. *(Aparte.)*

Juez. Quién es de los presentes un hombre conocido en estas montañas por Mr. de Senevill, y un criado suyo llamado Jorge?

Vic. Aquellos.

Juez. Sois Vosotros? *(Saca un papel, lo mira.)*

Pero estas señas no pueden engarñame, vosotros sois.

Sen. Y bien, qué se quiere de mí.

Juez. Daros presos. Ola asegurarlos. *(Lo hacen.)*

Sen. Con qué derecho se me detiene? cuál es mi delito? Mi conciencia no me recuerda haber cometido alguno; preguntad á estas gentes, y á los demás de estas cercanias, os informarán que mi conducta no puede infundir sospecha.

Juez. Perdonad: á mi no me toca residenciar vuestras operaciones. Os reclama el Tribunal de Paris, en el proceso que contra vos, Jorge y Carlos Jacobo Dormont, se está siguiendo sobre suplantacion de unas letras de cambios, y rapto de Sofia Artur; alli podreis vendicaros. Por lo que respeta al que aqui ibais á egecutar en la persona de Luisa Broun, yo practicaré las diligencias necesarias para su justificacion, que á su tiempo remitiré donde corresponda.

Jor. Ha pérfido! *(aparte por Pedro.)* te juro que si salgo bien de ésta, me la has de pagar á mi satisfaccion.

Juez. Ola, llevadlos. *(Lo hacen.)*

Vic. Dios mio qué maldad!

Rob. ¡Qué traicion!

Juez. Sin embargo de mi diligencia, no he podido evitar esta desgracia. Apenas ese fiel criado vino á darme aviso de cuanto habia oido á ese miserable Jorge; cuando me dirigí á la casa del supuesto Senevill y en la ocupacion de sus pape-

les he sabido no llamarse asi y ser la persona que se me reclamaba de Paris; al momento se me ha anunciado que todos se hallaban en esta casa, he venido á ella, y no todo se ha perdido, pues se han hecho presos dos delincuentes, cuyo público escarmiento purgará á la tierra de tales criminales. Señores, consolaos, poner término á vuestra afliccion, no tiene remedio. En él crisól del sufrimiento es donde se vé pura la virtud. Dios ha puesto la mano á su obra y lo que es, será. Padres de familia; mirad este cuadro, él os haga ver las resultas de una violencia, y los efectos de la ambicion. Contentos con aquella fortuna que os señaló el dedo de la Providencia, no intenteis acomular riquezas á costa del sacrificio de vuestros hijos; sino quereis hacerlos tan infelices, como los infortunados *Narciso y Luisa*.

FIN.